

# Mitos del descubrimiento y conquista de América

**Título:** Mitos del Descubrimiento y Conquista de América. **Target:** Secundaria. **Asigantura:** Historia. Autor: Jorge Ruiz Arana, "Licenciado en Historia".

**A**nte todo, hay que reconocer que en lo concerniente a los mitos del Nuevo Mundo durante el Descubrimiento y la Conquista, al igual que ocurre con tales temas en otras localizaciones geográficas o históricas, existe una gran producción escrita, si bien mucha de la misma no alcanza la mínima calidad exigible en una obra seria. Entre los autores sí podemos destacar algunos como Ciro Bayo, el padre Bayle, o Enrique de Gandía, si bien a cada uno de ellos, como es lógico, se le puede achacar cierta crítica en determinados planteamientos. Así por ejemplo Gandía afirma erradamente que la historia de la conquista de las Indias es la historia de sus mitos y la búsqueda del oro el único móvil de la misma.

El primer viaje de Colón estuvo acompañado del mito desde el comienzo. Ya desde la Antigüedad menudeaban las leyendas acerca de esa inmensa masa acuática que se extendía más allá de las Columnas de Hércules y así nos las transmitieron los autores clásicos, entre ellas la existencia en tiempos remotísimos, de ese supuesto continente desaparecido llamado Atlántida. En el Medievo, la credulidad y falta de sentido crítico general era el mejor aliciente para las fabulaciones, como la del Preste Juan, rey-sacerdote cristiano que no se sabía si habitaba en Asia o en África. Durante cientos de años se tejieron las más diversas creencias sobre lo que aguardaba en ese desconocido océano a los incautos que se atrevieran a penetrar en él; "más allá del estrecho ibérico se imaginaban tierras separadas por el Atlántico, supuesto océano tenebrosus en la conciencia medieval. Dentro de él estaban el Mar de los Sargazos, donde se enredaban las naves. Se tenía por dogma que las regiones ecuatoriales eran innavegables por su alta temperatura, y se suponía la existencia de una zona perusta, de acuerdo con la idea aristotélica. Todo el mundo creía que al sur del Cabo Bojador ( Caput Finis Africae) se extendía el horrible Mare Tenebrosus, mezcla de aguas cálidas y frías, que unido a niebla y tierra del desierto, producían una masa impenetrable. Ésa era la barrera, el Finis Mundi. Por otro lado se imaginaban alegremente a San Borondón, navegando en su ballena Atlántico adelante. Se hablaba de islas Antillas, de gigantes, de pigmeos, de abismos, de amazonas..." (MORALES PADRÓN, F. Historia del descubrimiento y conquista de América. Madrid 1990)

Cristóbal Colón, tras su azaroso primer viaje, no creyó en realidad haber arribado con la Pinta, la Niña y la Santa María a un nuevo continente sino a los confines de Asia, y por tanto ya a las puertas de Catay y de la India, esas fabulosas tierras de las que se contaban tantas excelencias y que las naves lusitanas andaban buscando bordeando África.

En consecuencia, se produjo la adecuación de la realidad de la tierra hallada a lo que se había esperado encontrar, lo que se debía encontrar: el gran navegante al servicio de los Reyes Católicos pretendió situar las islas del Mar Caribe entre esa constelación de singulares islas que proliferaban en el Extremo Oriente, algo lógico si consideramos las teorías geográficas de por entonces.

El diario colombino nos da cuenta de las sin duda inusuales novedades con las que topan estos exploradores pero pasa el tiempo y no aparecen las evidencias indiscutibles de lo que aguardaban: esos sorprendentes grandes animales que se sabía vivían en la India, de las ansiadas especias, de los temidos monstruos tales como los cinocéfalos y grifos...los monstruos y las riquezas van unidas ineludiblemente, y deben estar en algún sitio de por allí pues Colón cree estar en Oriente, y lo que no le falta a Oriente de ninguna manera son las riquezas. La búsqueda de todo eso hace ir descubriendo las diversas islas del mar Océano. Además Cristóbal Colón ya tiene planeado que parte de ese oro tendría el más elevado fin: financiar una nueva cruzada que conquiste la ciudad santa de Jerusalén y reconstruya el Templo de Salomón.

En 1493, se produce el regreso a España. Las naves en vez de tesoros sin cuento no traían mas que algunos indios, unas pocas pepitas de oro, objetos curiosos, exóticos papagayos...pero tal cargamento produjo no poco entusiasmo. Ello propiciaba no desaprovechar la coyuntura y sacar partido, así que “Colón ha de pintar las excelencias del clima, del aire, de las campiñas, de las arboledas, porque no tiene otra cosa de mayor enjundia que ofrendar a los reyes por el momento, no dispone de perlas, de rubíes, carbunclos o esmeraldas (...) debe vender su descubrimiento” (GIL, J. Mitos y utopías del Descubrimiento. Colón y su tiempo. Madrid 1989)

El viaje que tantos recelos suscitase por osado, producía ahora expectativas sin cuento y se creyó de manera generalizada que Colón, por otra parte como él mismo creía, había llegado a la India, en concreto a una de sus islas. La noticia cunde por toda España y lógicamente por el resto de Europa. Tamañas nuevas llenaron la imaginación de gente de toda índole, y por supuesto de los futuros colonos que esperaban recoger oro a espaldas allende el mar y que se aprestaron a formar parte de la recluta para el segundo viaje. Estuvo compuesto nada menos que por diecisiete naves.

Sin embargo, ese ambiente que conocieron los colonos pronto demostró no ser tan edénico como el Almiranteregonaba sin ambages en la Península Ibérica y surgieron las quejas y disensiones.

A finales del siglo XV, en los círculos intelectuales del continente europeo había gran desconcierto en torno a la problemática geografía colombina y se discutía si navegaba por el Océano o Golfo Árabe, si estaban en las islas de la India o de los archipiélagos árabes. Así por ejemplo, el doctor Francisco de Cisneros, vecino de Sevilla, opina que las islas estaban en el Océano Etiópico, entendiendo por el ambiguo término etiópico por el “Atlántico fronterizo a África”. Además el hispalense plantea que si no están en el mar Índico queda por encontrar la mayor isla del mundo, la Taprobana, riquísima en oro y piedras preciosas. Cisneros no fue el único en incidir sobre la inviable cosmografía de Colón.

Muchos marineros estaban dispuestos a probar suerte en la tarea del descubrimiento, imbuidos en las creencias contemporáneas, contribuyeron con sus periplos a alentar variados mitos “La imaginación del marinero ha sido siempre propia a la credulidad y la fantasía. Habitado como se haya a topar con países desconocidos, con paisajes imprevistos, con temperamentos de todo jaez, pronto le nace una especie de adaptabilidad y hasta deseo de vivir envuelto en lo inaudito. Doblemente supersticiosos, agoreros e imaginativos eran, por cierto, los hombres de mar en tiempos de Colón” (GIL, J. Mitos y utopías del Descubrimiento. Colón y su tiempo. Madrid 1989)

Un caso de estos navegantes audaces fue el del italiano Juan Caboto, que antes de entrar al servicio del rey de Inglaterra, estuvo en Sevilla por los tiempos en que el mencionado Cisneros publicaba sus ideas referentes a ultramar, por lo que el plan de alcanzar la Tapróbana debió hacer mella en Caboto, quien en 1497 creyó encontrar la isla de las Siete Ciudades (habitada por godos huidos de la Península cuando acaeció en el 711 la invasión mora)

Entre 1493 y 1494, se llega al cenit de las quimeras del Almirante y gusta creer explorar las bíblicas “islas del mar”. Colón sólo tendrá ya ojos para sus islas; el Gran Kan con el que hubiera gustado topar en el primigenio viaje, rápido quedará en el olvido. Mientras navega, un grupo de personas, entre ellos principales como fray Bernardo Buil y Pedro Margarite, embarcan para España para dar cuenta de todas las quejas sobre la gestión colombina y su persona.

La proliferación de noticias adversas enfriaron los ánimos de la empresa indiana. Cada vez menos confían en las actitudes y suposiciones de Colón, con excepciones que confirman la regla como el cosmógrafo catalán Jaime Ferrer de Blanes, que muestra auténtico entusiasmo por su empresa. Toma cuerpo la idea de que la meta ansiada no ha sido alcanzada y unos aprovechan esto para denigrar al almirante y otros lo utilizan para animarlo a realizar nuevas empresas.

Ante la pésima situación tanto en la Española como en la Península, Colón decide volver a la Corte personalmente para defender sus derechos. Irrumpió afirmando haber encontrado la auténtica veta del oro de Salomón pero sus afirmaciones no tuvieron la misma buena acogida que otrora. Además comprueba que hay un funesto escepticismo en la geografía que propone. Es ahora, según Juan Gil, cuando hace acopio de libros para refutar a sus detractores, ahora utilizaría obras que algunos historiadores han pensado que ya formaban parte de su biblioteca cuando propuso a los monarcas su primer viaje.

En el tercer viaje, tomaría un rumbo extraño; parece querer llevar a cabo la proeza propuesta por Cisneros, y es que doña Isabel y don Fernando impusieron el objetivo de alcanzar la Tapróbana. Entre tanto, se tuvo noticias inquietantes de que Juan Caboto había encontrado a 700 leguas de navegación un continente; podía ser el país del Gran Kan.. Caboto pretende seguir la costa hacia abajo y llegar a Cipango que él identifica con Tapróbana. Estas noticias causaron preocupación y no escaparon a Colón. La Relación del tercer viaje, es todo un compendio de erudición, debido a sus últimas lecturas, en comparación con el Diario de 1492. Este viaje marcará futuros intentos de hallar la Tapróbana, entre ellos el de Vicente Yáñez Pinzón. Progresivamente, Colón va cayendo en desgracia y es obligado a volver a España por ser su política perjudicial para los intereses de la Corona.

En 1502, hizo su cuarto viaje y último, que tuvo toda índole de sinsabores mas de nuevo ve los consabidos indicios maravillosos como los rastros de grifos.

Durante todos sus viajes, Colón movióse en las coordenadas mentales de la época; es un epígono de las tradiciones que se remontan a la Edad Antigua tamizada por el cristianismo “El mundo colombino vivía alerta al prodigio, esperándolo con más asiduidad de lo cotidiano” (SÁNCHEZ, L. A. Historia General de América. Tomo I. Ripollet, 1985)

Los eruditos acogieron con incredulidad las ideas colombinas, mas algunas ideas como la localización de Ofir en la Española perduraron largo tiempo. Sin embargo en las discusiones de los

entendidos de la época en el empeño de situar Tarsis y Ofir no sólo se pondrán en América sino también se llegará a localizar a Tarsis en la Bética relacionándola con Tarteso, e incluso a Ofir en la Bracarense.

En los documentos de Colón no se hace referencia expresa a todas las creencias que albergaba respecto a sus descubrimientos. Algunos mitos se manifestaron algo más tarde. Esto ocurre en todo sistema mítico, unos fabulaciones sucumben antes que otras. La convicción de una Fuente de la Eterna Juventud, sita en las cercanías del Paraíso, asoma en estas primeras exploraciones. Juan Ponce de León la buscó infructuosamente en la Península de Florida. La leyenda de la fuente murió pronto, con la tercera generación de colonos; al fin y al cabo a los cristianos se les reservaba la eternidad, no la inmortalidad.

Al avistar Vasco Núñez de Balboa a la Mar del Sur, volvió a abrirse la posibilidad de llegar a Oriente y todos los ensueños y fantasías que alentó Colón se trasladaron al ignoto mar que se abría en el horizonte. La expedición de Fernando de Magallanes, portugués al servicio de Carlos I de España y V de Alemania, llegaría al Océano Pacífico atravesando el estrecho que llevaría su nombre y en él esperarían encontrar las ansiadas Tarsis y Ofir. Encontrarlas no era algo más que un objetivo económico sino también religioso: “Con la arribada a Tarsis se abre para los judíos y cristianos un período escatológico que presagia sucesos inenarrables” (GIL J. Mitos y utopías del Descubrimiento. El Pacífico. Madrid 1989). Magallanes era en este sentido, un “visionario cristiano”. Pero la expedición atravesó el Pacífico de sureste a noroeste no llegando a Micronesia y Polinesia, sólo algunos islotes aislados, de manera que creyó que el océano estaba prácticamente privado de tierra.

El viaje de Magallanes-Elcano abrió por fin el camino hacia la especiería. La obra “Utopía” de Tomás Moro, fue escrita al calor de las noticias que llegaban de las nuevas exploraciones... en incluso cometió el desliz de poner su isla situada en “ninguna parte” en las cercanías de la India y la Trapóbana.

Mientras, en el continente americano no faltaban los mitos, no sólo por parte de los españoles. Los propios indios aztecas, en su encuentro con los barbudos conquistadores creían que llegaba su dios Quetzalcóatl. Años antes, toda una serie de presagios, indicaban que algo especial iba a ocurrir. Con las noticias del desembarco de hombres blancos con corazas, que viajaban en grandes “montañas” por el mar, que montaban seres desconocidos (evidentemente, caballos), y tenían objetos que disparaban fuego, era normal que pensaran que eran visitantes divinos. El emperador azteca, Moctezuma Xocoyotzin sabía que no se podía oponer a los poderes de Quetzalcóatl y por eso enviaba obsequios para que no se acercaran a la capital, Tenochtitlán: craso error, porque con tales regalos aumentó el interés de los hispanos por ir. Una vez conquistado el territorio mexicana, éste serviría de base para nuevas exploraciones hacia el norte y el sur. Así, tenemos por ejemplo la del lugarteniente de Cortés, Pedro de Alvarado, que por su fuerte carácter y opípara utilización de armas de fuego, fue llamado por los indios hijo del dios del Sol. En 1539, en Nueva España se divulgó la noticia de siete ciudades misteriosas situadas en dirección norte, en Cíbola, que había visto Fray Marcos de Niza junto con el negro Estebanico de Orantes. Se organizó una expedición al mando de Francisco Vázquez de Coronado quien descubriría la maravilla natural del Gran Cañón del Colorado; pero las supuestas maravillosas ciudades no pasaron de ser unas aldeas excavadas en la roca. Entonces buscó el reino de Quivira, cuya capital tenía las tejas de oro y cuyo rey se cobijaba debajo del Árbol de las Campanas,

situado en un jardín frondoso y que como frutos daba campanas de oro. Resultó no ser otra cosa que una aldea del pueblo wichita en el actual Estado de Kansas.

En Perú, Francisco Pizarro con apenas doscientos hombres, consiguió vencer al imperio inca, llamado por sus habitantes el Tahuantinsuyo o “las cuatro partes del mundo”. Como los aztecas, los incas también rendían culto a un dios de piel blanca, que había partido hacia el mar, en este caso el Pacífico, anunciando que algún día tornaría. Pizarro, como Cortés, respondía a la imagen de la deidad.

Las conquistas de los imperios azteca e inca, incidían en que fuera más creíble las noticias sobre la existencia de más civilizaciones ricas

Sin duda una de las leyendas más conocidas e importantes del descubrimiento y conquista de América es la de la búsqueda del Dorado. Después de la conquista del Perú, empezó a funcionar la leyenda del dorado, basado en la existencia de un cacique de la laguna de Guatavita, que acostumbraba a espolvorearse de oro para realizar ciertas ceremonias.

Se decía que en la aldea, hubo una cacica adúltera y que su marido, al enterarse, le infringió tales castigos que desesperada se arrojó a la laguna junto a su hija. El cacique tenía por lo acontecido remordimientos y los sacerdotes le hicieron creer que ella seguía viva en un palacio en el fondo de la laguna y que había que hacerle ofrendas de oro para honrarla. Así el cacique, una vez al año, entraba en la laguna cubierto de polvo de oro y realizaba las ofrendas.

Este indio “dorado” sirvió para dar nombre a su imperio. Esta historia dio pie a los conquistadores a gastar gran cantidad de dinero en la conformación de expediciones, la mayor parte de las cuales quedaron diezmadas por las penurias sufridas. La más famosa fue la de Francisco de Orellana, que en 1540 y 1541, recorrió desde los Andes al río Amazonas hasta su desembocadura. Fue en Venezuela (Meta y Dorado) y Guayana (Parima y Manoa) donde se buscó este mito no sólo por españoles sino también extranjeros como Walter Raleigh.

Que existía el fabuloso imperio inca era cosa conocida antes de la conquista por muchas de las tribus de Sudamérica. Ese es el origen del mito de la Sierra de Plata. Las noticias sobre una supuesta Sierra de la Plata llevadas a España por los compañeros de Solís, hicieron cambiar de objetivo a Sebastián Caboto que iba a las islas Molucas así que se internó por el Río de la Plata, que se creía era el camino más corto que llevaba a la fabulosa cordillera.

Como era costumbre, sólo toparon con adversidades regresando a España. Esta mítica sierra cobrará vida real en las minas del Potosí.

Surgió tal leyenda con la expedición que hizo Francisco César, capitán de Caboto, por la Pampa en 1529. Allí César también oyó hablar del Inca y de sus riquezas. Con el tiempo según se iban divulgando las noticias, se iban transformando y se puso las maravillas de las que tuvo conocimiento César entre naufragos de la armada de Alcazaba y del obispo de Plasencia. La historia contada por el capitán, se llamó luego de los Césares, por su apellido. Desde entonces se realizaron diversas expediciones en su búsqueda.

Cuando en Paraguay comenzó a disiparse la ilusión de la Sierra de la Plata, comenzaron a difundirse otras historias. Cuando Martínez de Irala remontó el Paraguay, le llegaron noticias de un lago muy grande que los indios llamaban Casa del Sol porque creían que allí se encerraba el astro rey. Éste sería el lago Titicaca y su templo del Sol. Las variadas visiones del imperio del Perú dieron lugar a distintos imperios imaginarios: los Mojos, el Gran Paititi.

Al hecho de los mitos no fueron ajenas ni las órdenes religiosas que fueron a las Indias. Ya desde el siglo XVI comenzó a extenderse la idea de que Santo Tomás, uno de los doce discípulos de Jesucristo, había evangelizado a los indios antes de que Colón llegara. Las tradiciones de la Iglesia primitiva le describen como misionero entre los partos o mártir en la India. Se descubrió en distintas partes del continente supuestas señales de pies y manos como las que habría dejado en Ceilán. Estas huellas no eran más que cavidades naturales o restos prehistóricos. Las órdenes religiosas aprovecharon la oportunidad para hacer creer a los indios que su conversión había sido profetizada por el apóstol.

En la segunda mitad del siglo XVI partes nuevas nave por el Pacífico. Las tradiciones bíblicas se vieron reforzadas por viejas tradiciones peruanas referentes a que los incas traficaban con lejanas islas. En estos devaneos marítimos se descubren nuevas tierras como la que fue llamada "Austrialia". Según se conocía más geografía el mito de las islas repletas de tesoros escondióse en los rincones más recónditos; y así se siguió buscando la isla de la Plata (Argyre) y la isla del Oro (Chryse).

En el Pacífico se sitúan los anhelos que el Descubridor de América puso en el Atlántico: se busca la isla California, la Calida fornax, el "horno caliente" o tierra de la Reina Califia, una isla femenil réplica de la Matinín colombina o la Punta de las Mujeres de Grijalva. De hecho, para el mismo Cortés, ya ennoblecido, financiador de expediciones, se convierte en un objetivo serio. La idea de California como isla, persistirá en cierto modo hasta el siglo XVIII. Las leyendas de la posibilidad de existencia de las famosas amazonas había llegado a Europa desde los primeros momentos del Descubrimiento. Ya Pedro Mártir de Anglería divulga en sus escritos la existencia de estas mujeres en las islas Antillas. Este mito, como otros, se irá moviendo de un sitio a otro de América.

En los tiempos de crisis, como fue el siglo XVII para la extensa Monarquía Hispánica, envuelta en guerras y deudas las quimeras no se esfuman, continúan los viajes y se pretende aliviar la situación de tremendos gastos con el milagroso hallazgo del esquivo Ofir, "la discreción es la nota característica de los descubridores del siglo XVI (...) Ahora cuenta la desfachatez y el descaro a todos los niveles" (GIL J. Mitos y utopías del Descubrimiento. El Pacífico. Madrid 1989). Se busca una salvación de la que no llegará en un océano en que los españoles están siendo sustituidos de hecho por otras naciones europeas.

Existió un firme convencimiento de que habría un paso por el Noroeste correlato del Estrecho de Magallanes, el llamado Estrecho de Anián, que impulsó no pocas navegaciones desde comienzos del Quinientos, empezando por Esteban Gómez que exploró desde la Península de Labrador al cabo Cod, descubriendo las desembocaduras de los actuales ríos estadounidenses Connecticut, Hudson y Delaware. Es motivo de preocupación la posible presencia de este paso, y sobre todo que fuera descubierto por los enemigos del Rey Católico; franceses, ingleses, holandeses...

El siglo XVIII, fue el ocaso de las ilusiones que aún quedaban. España se unió con notable retraso a las expediciones científicas. La única española que puede tener consideración de científica fue la de

Alejandro Malaspina (1789-1794). La expedición de Malaspina en sus navegaciones puso al menos el golpe de gracia a una creencia recién resucitada por la Academia de Ciencias de París propagando la existencia del Estrecho de Anián.

Los mitos tanto del Atlántico como del Pacífico entroncaron con las creencias de la Antigüedad. Si los dioses paganos fueron barridos de Europa por el Cristianismo, no ocurrió igual con los monstruos y las tierras fantásticas, manteniendo su vida durante la Edad Media y prolongándose en los más afortunados casos hasta el siglo XVIII. La Ilustración, con la razón por bandera, dará cuenta de los pocos mitos que pululaban entonces: “Europa hasta el siglo XVIII vivió ajustada a una manera de pensar que no se puede decir que difiera sustancialmente de la que prevalecía en el siglo V d. C. (...) La Ilustración trajo consigo la quiebra de algunos esquemas míticos seculares cuando por primera vez en la historia se intentó separar con mejor o peor fortuna, las esferas de lo sagrado y lo profano” (Gil J. Mitos y utopías del Descubrimiento. El Pacífico. Madrid 1989). La geografía fabulosa quedará en la Europa decimonónica como una reliquia del pasado, a pesar de nuevas alucinaciones en la exploración coetánea de África.

Los mitos son modificados según de sitúen en el Atlántico o el Pacífico, en el Quinientos o en el siglo XVIII. El tiempo cobra sus víctimas, unas desaparecen y otras perduran y las características de un mito pasan a otro (por ejemplo se aplica a la isla de Salomón lo que en otros tiempos se decía de las Siete Ciudades). También los mitos que llevaron los europeos se verán en algunos casos trastocados por los propios mitos indígenas.

También en América ocurre con los mitos la costumbre típica de su traslado cuando no se hallan. Ya los griegos antiguos, relacionaron con la Península Ibérica y Occidente, tradiciones como las de Gerión, Orto, el Jardín de las Hespérides, etcétera... que anteriormente habían estado situadas en otro sitio; sin embargo al aumentar el espacio geográfico que iban conociendo estos mitos fueron cambiando de ubicación. Así en América se fueron trasladando de una región a otra los mitos, y algunos hasta al Pacífico.

En cualquier caso no se puede afirmar que el oro fuera el único móvil de la búsqueda, hubo otros motivos, entre ellos destacando especialmente los religiosos. ●

#### **Bibliografía**

- Gil ,j. Mitos y utopías del descubrimiento. Colón y su tiempo. Madrid, 1989.
- Gil ,j. Mitos y utopías del descubrimiento: el pacífico. Madrid, 1989.
- Gil ,j. Mitos y utopías del descubrimiento: el dorado. Madrid, 1989.
- Morales padrón, f. Historia del descubrimiento y la conquista de américa. Madrid, 1990.
- Sánchez fernández, f. Historia general de américa. Tomo i. Ripollet, 1985.